

DOS NAUFRAGOS ENTRE OTROS MUCHOS

Por RAMIRO REIG ARMERO

"HECHOS Y DICHS"

Mayo 1970

PAPILLON:

el "best-seller" más ruidoso

PARABOLA DEL NAUFRAGO: una de las más firmes novelas españolas

El mundo, digan lo que quieran las comparaciones clásicas, a lo que más se parece no es a un valle de lágrimas sino a una playa, la Costa Azul, pongo por caso. Unos cuantos que se bañan, que juegan en los célebres casinos, que van en yate, y una multitud que nada a la desesperada tratando de arribar a orillas prometidas y deseadas. Para que la imagen se haga más visible—en un tiempo en que la sociedad de consumo nos hace creer que todos tenemos playa y no sólo en verano—dos autores han lanzado al agua sus libros donde la idea de naufragio se impone. Me refiero a **Papillon** y a la **Parábola del naufrago**, de Miguel Delibes. La primera ha sido el best-seller más ruidoso de los últimos meses. La novela de Delibes es una de las más firmes y valiosas del panorama literario español.

El asedio

Delibes nos cuenta, en forma de parábola, la tragedia de un personaje que tuvo la sencilla pretensión de ser hombre—y hombre bueno, para acabarlo de arreglar—en la sociedad actual. En torno a su alucinante fábula, descrita con admirable sobriedad narrativa, aparecen todos los elementos que constituyen nuestro mundo. El monopolio autoritario del poder, representado en Don Abdón y su sociedad anónima, que controla toda la vida pública. La violencia que produce una sociedad represiva, manifestada sarcásticamente en las demostraciones de brutalidad que se producen en las fiestas populares (el tiro al blanco sobre personas) o en las bromas a los compañeros (la castración jocosa de uno de ellos). La alienación distractiva del pueblo («hablar de deportes es mejor aún que practicarlos») y su masificación (se termina convertido en perro o en oveja). El sin-sentido de un trabajo que produce enormes beneficios no se sabe a quién (usted no pregunte si esos cerros son personas). El caos lingüístico de un diálogo permitido y dirigido que

hace que el protagonista desespere de las palabras y quiera fundar un movimiento en el que se arribe «por la mudéz a la paz». Todos estos y algunos motivos más se entrecruzan en la vida de Jacinto Sanjosé, contable modelo de una empresa que, como todas las de su país imaginario (?), dirige Don Abdón.

Jacinto es un hombre sencillo y honesto. Realiza su trabajo con escrupulosidad y esmero hasta que un día, mirando fijamente uno de aquellos cerros que copia, experimenta un mareo. El no sabe exactamente qué es, pero los controladores del poder comprenden en seguida que aquel vértigo sentido ante el vacío que representa a su sociedad (cerros y más cerros sin saber qué suman) es peligrosísimo. La sociedad no se puede permitir el lujo de una fisura en su sistema, no puede consentir a un hombre que se pregunte sobre lo que todos hacen sin rechistar. Amablemente se le recomienda a Jacinto un tratamiento médico. Don Abdón lo tiene todo previsto y Jacinto es confinado a un lugar de donde sólo podrá salir convertido en oveja. Su lucha desesperada por escapar del encierro es com-

pletamente inútil. La última palabra de este libro, donde el lenguaje se rompe continuamente entre el monólogo interior y la narración entrecortada y sin puntuación como un símbolo de que ya ni hablar es posible, es un balido: Béeee.

Las señales de alarma

Delibes ha escrito una de las novelas más crueles y duras que conozco. Va más allá de la anécdota o de la descripción epidérmica de nuestra situación porque recoge el problema desde dentro, buceando en las raíces del conflicto.

En el transcurso se está viendo la sombra de Kafka, sin la confusión metafísica de éste y sin la oscuridad de sus símbolos. Jacinto Sanjosé se ve también procesado absurdamente (como en **El proceso**), la autoridad que lo domina todo es tan inasequible como el dueño del castillo kafkaiano, y también aquí se produce una terrible metamorfosis del hombre en animal. Pero, al contrario que en Kafka, y a pesar del planteamiento parabólico o simbólico, aquí se trata de una novela realista, hiporrealista, de una realidad degradada. El protagonista no es un ser misterioso—K, como suele llamarle Kafka—, sino un hombre normal y corriente, un pariente de esos otros personajes enormemente humanos y reales de Delibes, el buen catedrático de Instituto o el cazador del domingo. Y los que le procesan, los que habitan el castillo, son también seres concretos y sus hechos los estamos palpando y viviendo y sólo falta darles nombre y apellido para que queden completamente descritos. Son los mecanismos de control de nuestra sociedad y sus omnipotentes detentadores.

Junto a Kafka creo que hay que apuntar a Freud. En ninguno de los dos casos busca el novelista la conexión directa. Se trata simplemente de que ambos están ahí presentes, como oscura aclaración de nuestro tiempo, y por eso aparecen en la fábula de Delibes. La figura paternal de Don Abdón, con su ambigüedad maternal (sus enormes pechos protectores), tienta muchas veces al protagonista como la imagen del reposo y la tranquilidad. Es la figura de una sociedad cuyos dirigentes



han comprendido muy bien el mecanismo subconsciente del hombre y tratan de darle, junto a la satisfacción controlada de sus instintos, la imagen protectora y aseguradora de un sistema que parezca «el padre más madre de todos los padres». En una sociedad así la tentación de violación no se dirigirá contra lo que representa la autoridad, puesto que ésta, aparentemente, no se interpone a la satisfacción de los deseos sino que los facilita y promueve. El conflicto edipiano, que está en la base de toda rebelión contra la autoridad (y así se hizo notar en la revolución de mayo), se asimila en esta sociedad donde el padre dictador es maternal y no provoca a la ruptura sino a la identificación y a la aceptación de un mundo erótico permitido.

A este propósito, y como reflejo de la sociedad de masas descrita por Delibes, sería interesante analizar un telefilm como «Los vengadores». Aparte su simpático humor inglés, las dos figuras, que desde un segundo plano lo dominan, son el padre y la madre, con el sexo cambiado. El planteamiento excesivamente ingenuo del mundo de James Bond—violencia y sexo, como tantas veces se ha dicho, en cinema-debarrioscopes—queda en esta serie perfectamente asimilable por las buenas maneras del lord inglés, por la sonrisa provocada que nos hace creer que entramos en el juego cuando en realidad estamos cogidos en él, y a la omnipresencia sapientísima de padre y madre que, en último extremo, son los que garantizan que todo acabe bien. Eso es lo que nos gusta. Una sociedad donde la violencia de los managers y ejecutivos tenga buenas formas y nos haga creer que lucha contra organizaciones secretas, personificación de las fuerzas del mal, y donde, por encima de todo, la autoridad paterno-maternal nos proteja del infantilismo en que nos deja la manipulación del gran tinglado socio-económico. Esa es la sociedad que, sin engaños de telefilm, con amarga crueldad y como jaula cerrada y opresora que hace a los hombres felices, describe Delibes.

Un hombre sencillo con grandes complicaciones

He citado a Kafka y a Freud. Pero, por encima de todo, la novela de Delibes es Delibes mismo, y culmina la trayectoria de sus últimas obras. Quien recuerde el **Diario de un cazador** y sepa que Delibes es ese hombre que gusta del campo, del oteo, de la conversación franciscana con el hermano perro; quien leyó **Cinco horas con Mario** y vio allí al catedrático de ciudad provinciana que él es, hermano de aquel otro catedrático de Instituto, hombre bueno y cabal que fue don Antonio Machado; o quien tenga presente **Primavera en Praga** y descubra allí el horror de Delibes a todos los totalitarismos y la razón de su vivir apartado en la España actual; o quien retenga en la memoria

las contestaciones del novelista en el libro **Cien españoles y Dios** («soy cristiano aunque cada vez me resulta más difícil serlo») y emparente a este cristiano preocupado con su amigo, el cristiano impaciente de las cartas de **Destino**, Jiménez Lozano; el que junte todos esos datos tendrá la figura de Jacinto Sanjosé.

Pero no se trata de descubrir en la novela un contenido autobiográfico que la individualice. Delibes está detrás de ella, discreta y veladamente. No con su persona particular sino con su mundo literario que es un mundo muy concreto y definido: el de esos hombres modestos y ejemplares que asisten atónitos y sorprendidos al desarrollo de la confusa vida española y mundial. Su ficha queda perfectamente aclarada en la ficha policial de Jacinto Sanjosé. Y ya es todo un símbolo que la caracterización de esos hombres venga dada por una ficha policial. He aquí los datos: Jacinto se resiste a saber si el 4-3-3 es mejor que el 4-2-4 y gusta del mar y del parchís. Una vez defendió a un compañero maltratado por la empresa. Otra se atrevió a preguntar por el sentido de su trabajo. Cometió la veleidad de desengañarse de las palabras—llámense liberalización, apertura o izquierda—. En una palabra, es un subversivo, un sujeto peligroso, y lo seguiría siendo para

cualquier sistema. En observación. Jacinto Sanjosé queda vigilado. Se le somete a un tratamiento para cambiar sus ideas, en el que se le quiere hacer reconocer que el orden establecido es el más justo, santo y divertido. Pero él sigue obstinado en ver los cerros, en ayudar a su amigo convertido en perro y en dejarse ganar por la tímida señorita con la que juega al parchís. Un hombre que piense así está de más en una sociedad competitiva y ordenadamente brutal. Está visto que pertenece a la terrible minoría de agitadores que hay que eliminar. Minoría, porque en verdad son pocos y pequeños, hombres sencillos y evangélicos, sin pretensiones violentas pero terriblemente contagiosos. Hombres a los que hay que encerrar o desacreditar como una amenaza contra el orden público.

La vida del hombre medio partido por la mitad

La vida de Jacinto Sanjosé es un fracaso. El mismo se pregunta, a punto de desesperar: «Pero ¿dónde están los mansos y los pacíficos, los que lloran y los misericordiosos, los limpios de corazón y los que tienen hambre y sed de justicia?» Su monólogo encarcelado es un terrible alegato contra la sociedad que le margina, una sociedad que

DELIBES

Un hombre sencillo con grandes complicaciones



aún se llama cristiana. Pero, ¿es que la fuerza del Sermón del Monte necesita el apoyo de las metralletas para imponerse?

El desconcierto cristiano de Jacinto Sanjosé apunta a esa raíz más honda donde se asientan las convicciones. Este hombre, que tiene alma de fraticelli y no de guerrillero, se encuentra perdido ante la ineficacia de lo que él cree más auténtico en el evangelio: la paz y la bondad. Por ser un hombre bueno tiene que asistir a la muerte de su amigo, a tiros, confundido con un perro, en una escena de tremendo humor negro en la que el loco e inhumano es él por empeñarse en defender que aquella piltrafa es un hombre. Y él mismo sólo encuentra su liberación en terminar retozando por los campos como una oveja perdida.

La parábola del naufrago no puede ser más trágica y desesperanzada. Evidentemente significa que la agonía del hombre en la sociedad de nuestros días, de un hombre que se siente feliz por su nivel de vida y las facilidades que le ofrece un poder que dispone por él y que comienza a sufrir cuando intenta la más mínima rebelión contra ese sistema. Pero ¿significa también, al margen de la intención de Delibes y sobrepasándola, el fracaso de una concepción individualista de la bondad, la evidencia de la necesidad de la lucha comprometida y arriesgada? Planteada esta cuestión, es cierto que la consecuencia que se podría sacar de la novela sería la no-ejemplaridad de un personaje como Jacinto Sanjosé en orden a solucionar los problemas de la época. Pero es que en ningún momento pretende Delibes presentar su ejemplaridad sino su drama. En las vías de su solución, revolucionarios tienen los partidos que os sabrán responder. Para ellos, no obstante, siempre será importante tener ante los ojos hombres como Jacinto Sanjosé, de tímido talante y honrado caminar. Por ellos, para conseguir que salgan a flote un día, se hacen las revoluciones. El día en que, en cualquier lugar del mundo, se produzca una revolución en favor de la justicia serán ellos los que darán la medida de lo que en verdad hay que conseguir.

Como parábola cristiana, el fracaso de Jacinto ¿significa la muerte inevitable del justo en la tierra del mal o la utopía inviable de los postulados cristianos? Yo creo que ni una cosa ni otra. La figura de Jacinto Sanjosé no es, ni mucho menos, la imagen del redentor, sino la del que debe ser redimido. El desconcierto de Jacinto ante el fracaso del evangelio no proviene sólo del buen hombre que es, sino del pobre hombre que también es. La utopía del cristianismo es inviable cuando se da por hecha, olvidando la violencia que exige su advenimiento. Por eso creo que Delibes no intenta fijar en Jacinto un modelo evangélico para la pasión o para la fuerza, sino la imagen de aquel a quien debe dirigirse el evangelio. La fuerza de la parábola estriba

en recordar que siempre será esencial al cristianismo el ofrecer a los hombres buenos, sencillos y tímidos, los hombres que miran los lirios del campo, aquellos a quienes los grandes sistemas desprecian y trituran, una posibilidad de existencia. Delibes apunta en el desconcierto de su Jacinto, a la crítica de una sociedad que se llama cristiana y aniquila a esos hombres, pero también a un cierto cristianismo progresista que, en su voluntad de eficacia, parece olvidar los fines de su acción. Aunque el hambre y sed de justicia que la mueve se convierta, en la práctica, en violencia, el término no puede ser otro que posibilitar un mundo donde los Jacintos Sanjosés no tengan que morir acorralados por una nueva represión deshumanizadora. Jacinto no representa todo el evangelio, ni mucho menos la postura socio-política

que debe tomar un cristiano, pues no existe en el evangelio la definición de una en concreto sino la propulsión de aquella que sea necesaria. Pero sí representa algo ineludible y esencial en el mensaje de Jesús: el débil. No el débil que hay que ser, sino al que hay que mirar y amar. La trayectoria de Delibes siempre tendrá el valor de la línea recta y honrada y, frente a éste o al otro sistema, a la iglesia tradicional o a la progresista, al capitalismo de Madrid o al socialismo de Praga, ofrecerá la planta firme de una obra que habla del hombre concreto y de su libertad. En el fracaso de Jacinto Sanjosé, más que aparecer el fracaso del evangelio, se muestra la necesidad de luchar por él, la urgencia de hacer posible una sociedad donde esos hombres puedan vivir. ■

Un héroe post-fabricado

Entonces, ¿qué decir de **Papillón**, de la aventura de un hombre que cada cinco páginas de las 600 que tiene el libro en su edición española, afirma que quiere ser libre y que luchará infatigablemente por ello? Pues de **Papillón** hay que decir, sin reticencias, que es una novela fabulosa. Lo demás ya es otro cantar. Pero como novela cumple perfectamente aquello que Fennimore Cooper puso al comienzo de su *Corsario Rojo*: «la edad de oro de la literatura comenzará cuando los libros se escriban como cuadernos de bitácora o como partes de guerra». **Papillón** cumple este requisito y su novela es un continuo estar en acción preparando una nueva fuga o enfrentándose con un nuevo presidio. Es un continuo parte de guerra, de una guerra despiadada entre el coraje de un hombre y las condiciones más adversas que pueda imaginarse.

Pero **Papillón** es además un tremendo montaje editorial. Aun sin él, la novela se leería de un tirón por su contenido inagotable de aventuras y su narración fresca, directa, llena de vida. El montaje pretende impostar su voz, darle un mensaje, y eso ya es mucho más discutido. Decía Guardini, persona bastante seria para ser catedrático alemán, que a cierta edad todos deberíamos haber leído a Salgari o **La isla del tesoro**. Yo creo que cualquier edad es buena para enfrascarse en esa aventura prodigiosa que nos cuenta **Papillón** y recobrar la alegría de la acción. Pero los lanzadores de éxitos, mucho más perspicaces que Guardini, se han dicho que nuestra edad es especialmente apta para fabricar mitos que justifiquen y adormezcan, y han fabricado ese **Papillón** que hace declaraciones y firma ejemplares y lo han convertido en un acusador con aires de testigo pagado.

Un acusador que justifica. ¿Hay algo más contradictorio? Sólo la sociedad que le da origen.

La gran aventura

Un personaje de vida turbia es condenado, por asesinato, a cadena perpetua en la Guayana. En seguida comprendemos que se trata de un hombre duro, difícil de rendir. Se niega a admitir la injusta condena y desde el mismo momento comienza a planear la fuga. Entramos en la cárcel. Conocemos a sus primeros compañeros. Ardides, tretas. Carceleros brutales. La Guayana. Y la primera evasión. Luego vienen tres, cuatro. Una isla de leprosos que le acoge. El mar, amigo o enemigo, irritado, terrible, bienhechor. Unas monjas que le traicionan. La vida paradisíaca con los indios. Negros, chinos, hindúes. Prostitutas y mujeres amables. El hampa multicolor del penal. Una cárcel donde cubre el agua todos los días hasta la cintura, otra donde no se puede hablar con nadie durante un año, dos, los que sean, donde la mitad enloquecen, los otros se suicidan y alguno se salva. Venganzas personales y fidelidades inquebrantables, hombres que aparecen muertos sin que nadie pida cuenta de ello, y hombres que se juegan la vida sin pedir explicaciones del por qué. Un motín. Un mundo elemental, bárbaro y enormemente humano.

La gran mentira

A mí me importa muy poco que el cúmulo de peripecias que caen sobre los hombros del señor Henri Charrière —amigo de Brigitte Bardot y de Televisión española— le sucedieran o no a dicha persona. Los personajes de **La Casa Verde**, pongo por caso, me impor-